

gas y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino á pié y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos: merced á vuestras grandes hazañas que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra.—Quisiera yo, señor Duque, respondió Don Quijote, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso, que á la mesa el otro dia mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos, si los tales caballeros son necesarios en el mundo: tocara por lo menos con la mano, que los estraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas enormes, no van á buscar su remedio á las casas de los letrados, ni á la de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano, que antes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas, para que otros las cuenten y las escriban.—El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desman y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolucion de mi animoso espíritu.



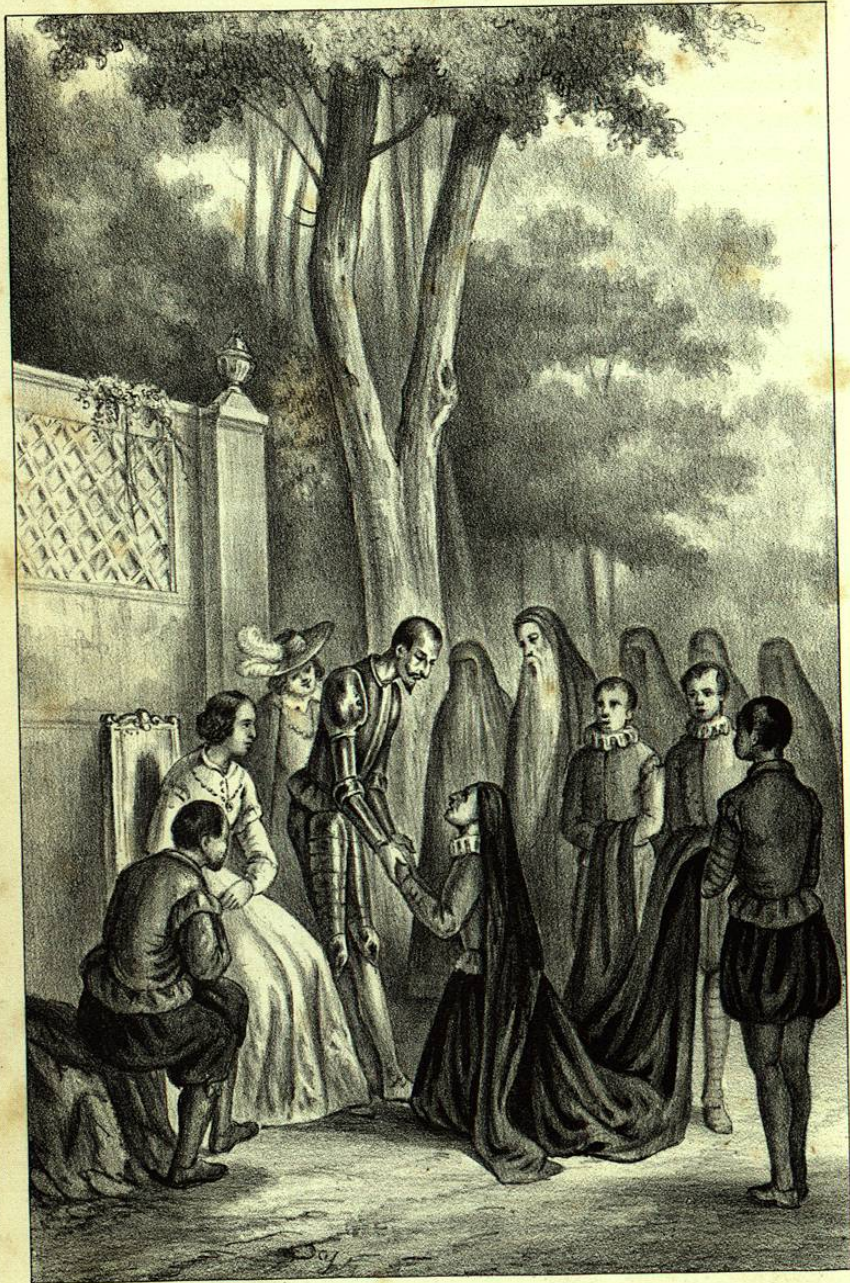
## CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.

**E**N estremo se holgaron el Duque y la Duquesa de ver cuán bien iba respondiendo á su intencion Don Quijote, y á esta sazón dijo Sancho:—No querría yo que esta señora Dueña pusiese algun tropiezo á la promesa de mi gobierno, porque yo he oido decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que donde interviniesen dueñas, no podia suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y qué mal estaba con ellas el tal boticario! De lo que yo saco, que pues todas las dueñas son enfadasas é impertinentes, de cualquiera calidad y condicion que sean, ¿qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta Condesa tres faldas ó tres colas? Que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas todo es uno.—Calla, Sancho amigo, dijo Don Quijote, que pues esta señora dueña de tan lueñes tierras viene á buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenia en su número, cuanto mas que esta es Condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas, será sirviendo á reinas y á emperatrices, que en sus casas son señorísimas, que se sirven de otras dueñas. A esto respondió Doña Rodriguez, que se halló presente:—Dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser condesas, si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren reyes, y nadie diga mal de las dueñas y mas de las antiguas y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda, y quien á nosotras trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano.—Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi barbero, cuanto será mejor no menear el arroz, aunque se pegue.—Siempre los escuderos, respondió Doña Rodriguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las antesalas y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de

nosotras, desenterrándonos los huesos y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo á los leños movibles, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre y cubramos con un negro mongil nuestras delicadas ó no delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en dia de procesion. A fe que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender, no solo á los presentes, sino á todo el mundo, como no hay virtud que no se encierre en una dueña.—Yo creo, dijo la Duquesa, que mi buena Doña Rodriguez tiene razon y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demas dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal boticario, y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. A lo que Sancho respondió:— Despues que tengo humos de gobernador se me han quitado los váguidos de escudero, y no se me da por cuantas dueñas hay un cabrahigo. Adelante pasaran con el coloquio dueñesco, si no oyeran que el pífaro y los tambores volvian á sonar, por donde entendieron que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la Duquesa al Duque, si seria bien ir á recibirla, pues era Condesa y persona principal.—Por lo que tiene de Condesa, respondió Sancho antes que el Duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recibirla; pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso.—¿Quién te mete á tí en esto, Sancho? dijo Don Quijote.—¿Quién, señor? respondió Sancho, yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el mas cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, segun he oido decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de mas, como por carta de menos: y al buen entendedor pocas palabras.—Así es como Sancho dice, dijo el Duque: verémos el talle de la Condesa, y por él tantearémos la cortesía que se le debe. En esto entraron los tambores y el pífaro, como la vez primera. Y aquí con este breve capítulo dió fin el autor, y comenzó el otro siguiendo la mesma aventura, que es una de las mas notables de la historia.





## CAPÍTULO XXXVIII.

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.

**D**ETRAS de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos mongiles anchos, al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas, que solo el ribete del mongil descubrian. Tras ellas venia la Condesa Trifaldi, á quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que á venir frisada, descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Mártos: la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pages, asimesmo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban, por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se debia llamar la Condesa Trifaldi, como si dijésemos, la Condesa de las tres faldas: y así dice Benengeli que fué verdad, y que de su propio apellido se llama la Condesa Lobuna, á causa que se criaban en su condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras la llamaran la Condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominacion de sus nombres de la cosa ó cosas en que mas sus estados abundan; empero esta Condesa por favorecer la novedad de su falda dejó el Lobuna y tomó el Trifaldi. Venian las doce dueñas y la señora á paso de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros y no trasparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucia. Así como acabó de parecer el dueñesco escuadron, el Duque, la Duquesa y Don Quijote se pusieron en pié, y todos aquellos que la espaciosa procesion miraban. Pararon las doce dueñas y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó, sin dejarla de la mano Trifaldin. Viendo lo cual el Duque, la Duquesa y Don Qui-

jote, se adelantaron obra de doce pasos á recibirla. Ella puestas las rodillas en el suelo, con voz antes basta y ronca que sutil y delicada, dijo:—Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado, digo á esta su criada, porque segun soy de dolorida, no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi estraña y jamas vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adonde, y debe de ser muy lejos, pues cuanto mas le busco menos le hallo.—Sin él estaria, respondió el Duque, señora Condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el cual sin mas ver es merecedor de toda la nata de la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias: y levantándola de la mano, la llevó á sentar en una silla junto á la Duquesa, la cual la recibió asimesmo con mucho comedimiento. Don Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi, y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible, hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron. Sosegados todos y puestos en silencio estaban esperando quien le habia de romper, y fué la Dueña Dolorida con estas palabras:—Confíada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora, y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no menos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal que es bastante á enternecer los mármoles, y ablandar los diamantes, y á molificar los aceros de los mas endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga á la plaza de vuestros oidos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora, si está en este gremio, corro y compañía, el acendradísimo caballero Don Quijote de la Manchísima y su escuderísimo Panza.—El Panza, antes que otro respondiese, dijo Sancho, aquí está, y el Don Quijotísimo asimesmo, y así podreis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis, que todos estamos prontos y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos. En esto se levantó Don Quijote, y encaminando sus razones á la Dolorida Dueña, dijo:—Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algun valor ó fuerzas de algun andante caballero, aquí están las mias, que aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy Don Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos: y siendo esto así, como lo es, no habeis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preámbulos, sino á la llana y sin rodeos decir vuestros males, que oidos os escuchan que sabrán si no remediarlos, dolerse dellos. Oyendo lo

cual la Dolorida Dueña, hizo señal de querer arrojarse á los piés de Don Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos, decia:—Ante estos piés y piernas me arrojó, ó caballero invicto, por ser los que son basas y columnas de la andante caballería: estos piés quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡Oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atras y escurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianis y Belianises! Y dejando á Don Quijote se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos le dijo:—¡Oh tú el mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, mas luengo en bondad que la barba de Trifaldin mi acompañador, que está presente! Bien puedes preciarte, que en servir al gran Don Quijote, sirves en cifra á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote por lo que debes á tu bondad fidelísima, me seas buen intercesor con tu dueño, para que luego favorezca á esta humilísima, y desdichadísima Condesa. A lo que respondió Sancho:—De que sea mi bondad, señora mia, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá poco ó nada me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y mas agora que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á vuesa merced en todo lo que pudiere: vuesa merced desembaule su cuita y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderemos. Reventaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que habian tomado el pulso á la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulacion de la Trifaldi, la cual volviéndose á sentar, dijo:—Del famoso Reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas mas allá del Cabo Comorin, fué señora la Reina Doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon á la Infanta Antonomasia, heredera del reino, la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la mas antigua y la mas principal dueña de su madre. Sucedió pues que, yendo dias y viniendo dias, la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfeccion de hermosura, que no la pudo subir mas de punto la naturaleza. Pues digamos agora que la discrecion era mocosa: así era discreta como bella, y era la mas bella del mundo, y lo es, si ya los hados invi-

diosos y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida; pero no habrán, que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal á la tierra, como seria llevarse en agraz el racimo del mas hermoso veduño del suelo. Desta hermosura, y no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que en la corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría, y en sus muchas habilidades y gracias y facilidad y felicidad de ingenio, porque hago saber á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacia hablar, y mas que era poeta y gran bailarín, y sabia hacer una jaula de pájaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida, cuando se viera en extrema necesidad: que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no que una delicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donaire, y todas sus gracias y habilidades fueran poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladron desuellacaras no usara del remedio de rendirme á mí primero. Primero quiso el malandrín y desalmado vagamundo grangearme la voluntad y cohecharme el gusto, para que yo mal alcaide le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolucion él me aduló el entendimiento y me rindió la voluntad con no se qué diges y brincos que me dió. Pero lo que mas me hizo postrar y dar conmigo por el suelo, fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caia á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo, decian:

De la dulce mi enemiga  
Nace un mal que al alma hiere,  
Y por mas tormento quiere,  
Que se sienta y no se diga.

Parecióme la troba de perlas y su voz de almibar, y despues acá, digo desde entonces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas Repúblicas se habian de desterrar los poetas, como aconsejaba Platon, á lo menos los lacivos, porque escriben unas coplas, no como las del Marques de Mantua, que entretienen y hacen llorar los niños y á las mugeres, sino unas agudezas que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y otra vez cantó:—

Ven, muerte, tan escondida,  
Que no te sienta venir,  
Porque el placer de morir  
No me torne á dar la vida.

Y deste jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan y escritos suspenden. ¿Pues qué cuando se humillan á componer un género de verso, que en Candaya se usaba entonces, á quien ellos llamaban seguidillas? Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y así digo, señores míos, que los tales trovadores con justo título los debian desterrar á las Islas de los largos<sup>1</sup>. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena dueña que debia, no me habian de mover sus trasnochados conceptos, ni habia de creer ser verdad aquel decir: vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome, con otros imposibles desta ralea de que están sus escritos llenos. ¿Pues qué, cuando prometen el Fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del Sol, del Sur las perlas, de Tíbar el oro, y de Pancaya el bálsamo? Aquí es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamas piensan ni pueden cumplir. ¿Pero dónde me divierto? ¡Ay de mí desdichada! ¿Qué locura ó qué desatino me lleva á contar las agenas faltas, teniendo tanto que decir de las mias? ¡Ay de mí otra vez sin ventura! Que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad: no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad: mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de Don Clavijo, que este es el nombre del referido caballero: y así siendo yo la medianera, él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la por mí, y no por él engañada Antonomasia, debajo del título de verdadero esposo, que aunque pecadora, no consintiera que sin ser su marido la llegara á la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, eso no: el matrimonio ha de ir adelante en cualquier negocio destes que por mí se tratare. Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser Don Clavijo un caballero particular, y la Infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del Reino. Algunos dias estuvo en-

<sup>1</sup> Esto es, islas despobladas.

cubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo, á mas andar no sé qué hinchazon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres, y salió dél, que antes que se saliese á luz el mal recado, Don Clavijo pidiese ante el Vicario por su muger á Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la Infanta le habia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el Vicario la cédula, tomó el tal Vicario la confesion á la señora: confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado. A esta sazón dijo Sancho:—¿Tambien en Candaya hay alguaciles de corte, poetas y seguidillas? Por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno; pero dése vuesa merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia.—Sí haré, respondió la Condesa.



## CAPÍTULO XXXIX.

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.

**D**E cualquiera palabra que Sancho decia, la Duquesa gustaba tanto, como se desesperaba Don Quijote, y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo:— En fin, al cabo de muchas demandas y respuestas, como la Infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaracion, el Vicario sentenció en favor de Don Clavijo y se la entregó por su legítima esposa, de lo que recibió tanto enojo la reina Doña Maguncia, madre de la Infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterramos.—Debió de morir sin duda, dijo Sancho.— Claro está, respondió Trifaldin, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas.—Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado creyendo ser muerto, y parecíame á mí, que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse antes que á morirse, que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la Infanta, que obligase á sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algun page suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentil hombre y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad, que aunque fué necesidad, no fué tan grande como se piensa, porque segun las reglas de mi señor, que está presente y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los Obispos, se pueden hacer de los caballeros, y mas si son andantes, los Reyes y los Emperadores.—Razon tienes, Sancho, dijo Don Quijote, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante, la señora Dolorida, que á mí se me trasluce, que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia.—Y cómo si que-